

## PUEBLO Y PODER

Joseba Ariznabarreta (2005.3.27)

El hombre es un animal social. Por mucho que retrodevanemos el ovillo del tiempo siempre topamos con grupos, pero nunca con individuos aislados y solitarios<sup>1</sup>. Bandas, linajes, clanes, tribus, castas, ciudades, estamentos, reinos, territorios feudales, imperios, iglesias, repúblicas, ligas o federaciones, clases, naciones, estados<sup>2</sup>....., agrupaciones sociales con

---

<sup>1</sup> La adopción y defensa, aunque a veces fuera sólo metodológica, de un individualismo a ultranza por una mayoría de pensadores políticos de los siglos XVII y XVIII -deberíamos exceptuar a Vico, a Montesquieu y, a mi juicio, también a Rousseau, a pesar de aparentes manifestaciones en sentido contrario- constituyó, sin duda, uno de sus más básicos prejuicios. Marx tildó estas teorías de robinsonadas e imaginaciones desprovistas de fantasía, aunque no de lógica: bajo apariencia de reconstruir el pasado anunciaban imaginativa o estéticamente el futuro en ciernes. Cabría explicarlas aduciendo que por aquel entonces se ignoraba que ninguna especie de nuestra familia de primates, desde los primitivos prosimios y retraídos lemúridos, ha llevado jamás una vida solitaria. La sociabilidad es también característica casi general entre el resto de nuestros congéneres, pero en cualquier caso el antecedente humano de una sociedad es siempre otra sociedad. Incluso las primeras -literalmente- sociedades humanas debieron estar precedidas de otras sociedades, en este caso de pre-homínidos, pero nunca de individuos aislados. Sin embargo, este prejuicio individualista y su correlato -la negación del hecho inmediato y primordial, previo a cualquier re-flexión o interpretación al respecto, de la existencia de pueblos concretos y singularizados- sigue manteniendo una decisiva influencia en el pensamiento político contemporáneo. El prolífico autor italiano N. Bobbio, tan conocido y citado por "los jóvenes -y ya no tan jóvenes- nacionalistas españoles" del PsoE mantiene que no sólo la teoría individualista de la sociedad acompaña a la formación de la democracia moderna, sino que en su opinión, "una teoría de la democracia no puede escindirse de una concepción individualista de la sociedad"

Norberto Bobbio, *Teoría General de la Política* Edit. Trotta SA, Madrid, 2003. Pág. 423-4

Asimismo, dos autores que pretenden superar por la izquierda al autor que acabamos de citar, oponen en un libro reciente de manera harto sospechosa, pueblo y democracia. "El pueblo es UNO. La población (¿?) obviamente se compone de numerosos individuos y clases diferentes, pero el pueblo sintetiza o reduce estas diferencias sociales en una identidad, en una indiferenciada unidad".

Michael Hardt y Antonio Negri, *MULTITUD*, Mondadori, Barcelona 2004, pág. 127

Habría que preguntarles de dónde obtienen, dejándose de libros, teorías y prejuicios al respecto, esa noción de pueblo. Desde luego no mediante la percepción vital, espontánea o inmediata de la realidad circundante. El pueblo es siempre y en todas partes UNO y MÚLTIPLE a la vez. La praxis política de algunos seguidores de este modo de pensar (que pretende inspirarse en Spinoza) próximos a nosotros es muy reveladora.

<sup>2</sup> Hemos tenido dudas acerca de la oportunidad de incluir el término en la lista; pero hemos optado por eliminar del concepto de pueblo cualquier connotación axiológica positiva que a veces conlleva. Los pueblos, en general, tampoco poseen el privilegio metafísico de ser portadores de racionalidad y libertad universal. Hoy más que nunca, el grado de integración en la sociedad logrado por algunos estados ha hecho posible que el estado engulla la sociedad y ocupe su lugar. "En alguna parte hay todavía pueblos... , pero no entre nosotros, hermanos míos: entre nosotros hay Estados. ¿Estado? ¿Qué es eso? Prestadme atención, voy a hablaros de la muerte de los pueblos" (Nietzsche: *Así habló Zaratustra*, Obras Selectas página 64, Edimat, S.A). La dificultad proviene de identificar el Estado con el ordenamiento jurídico, con un conjunto de funciones abstractas, de considerarlo mero lugar, sociológicamente vacío, del poder. La relación semántico-conceptual - no suficientemente esclarecida todavía- entre interés (objetivo) y deseo (subjetivo) es también causa concomitante de esa dificultad. Más tarde volveremos sobre esta cuestión a fin de esclarecerla en la medida de lo posible, pero conviene adelantar que para nosotros no hay diferencia entre esencia y apariencia. El interés de un pueblo es el que manifiesta de modo ostensible. Otras cosa es que los distintos elementos del fenómeno conformen o no una estructura coherente, que el pueblo acierte o yerre en la defensa de sus verdaderos (y manifiestos) objetivos. No podemos, pues, estar de acuerdo con

otra denominación y estructura, comunidades o asociaciones, en definitiva, pueblos<sup>3</sup>, -solos o coaligados- unidades sociales básicas, agentes efectivos de organización social y cultura, de cuanto positivo y negativo para la humanidad ha acaecido en el tiempo.

Se trata indefectiblemente de conjuntos humanos organizados, inmediatamente conscientes de su identidad, nómadas o sedentarios pero, en cualquier caso, adscritos a un territorio (estable o coyuntural) que consideran de uso exclusivo y que satisfacen sus deseos o necesidades mediante el empleo de recursos y energías que controlan directa o indirectamente.

En lo que acabamos de decir está implícita la idea de que la existencia de Un pueblo supone la existencia, al menos, de Otro<sup>4</sup>. El propio término implica ya contacto e interrelación. Hablar de un pueblo aislado sería tan absurdo como hablar del sonido a partir del aplauso a una sola mano.

Denominamos poder a la actividad sostenida de un determinado pueblo en la consecución de sus objetivos. Tal potencia sólo puede ser percibida en acto, en el ejercicio de la misma. Un poder que no se ejerce es un absurdo, una *contradictio in terminis*, nada. Creer en la capacidad de una persona, de un grupo o de una institución para modificar o bien la naturaleza, o bien la propia conducta o la de los demás, más allá de la influencia que de hecho ejerce, forma parte del lado engreído e ilusorio de la condición humana. Cualquier intento de explicación de alteraciones en la suma de poder mediante pretendidas potencialidades inactivas, pero realmente inherentes a quienes lo ejercen, no hace más que poner de manifiesto la esterilidad de ciertas formas de pensar. Así pues, nunca hay más poder en la recámara. Cualquier aumento o disminución de poder se basa siempre en el influjo de causas eficientes (no necesariamente mecánicas<sup>5</sup>) que constituyen parte de la totalidad de poder ejercida de hecho en cada circunstancia por los agentes de turno.

---

Rousseau cuando afirma que no puede haber pueblos corruptos, sino solamente engañados (*Contrato Social*, Libro II, Cap. III) En política, al menos, el engañado es especie de corrupto.

<sup>3</sup> Además de ser el término más utilizado, nos parece también el más adecuado para designar a los genuinos impulsores y sostenedores de procesos sociales significativos. No solamente hablamos del pueblo judío, del pueblo palestino, o del pueblo alemán en tiempos de Hitler (W. Reich y otros), sino que hemos escuchado referencias al pueblo trabajador (en general) y al pueblo trabajador vasco (en particular), al pueblo talibán, al pueblo soviético al pueblo europeo e, incluso, la Iglesia (y los ingleses) se autodefinen como el pueblo de Dios. Entre los pueblos, pues, hay de todo, como en botica. En teoría pueblos de dioses (Rousseau) y de demonios (Kant) y en la realidad, una amplísima gama de tales que se acercan más o menos a uno u otro extremo del continuo sin que, en el seno de la civilización (al menos), ninguno lo haya alcanzado todavía. En cualquier caso el significado de un término tiene mucho de estipulativo. Marx y Engels utilizaron el término "clase" (que no definieron) limitando su validez al transcurso de la historia. Es evidente que el término "pueblo", tal y como nosotros lo utilizamos a lo largo de estas páginas, pretende ser más abarcante o inclusivo.

<sup>4</sup> 'It takes at least two somethings to create a difference. Clearly each alone is -for the mind and perception- a non-entity, a non-being. No different from being, and not different from non-being. An unknowable, a Ding-an-sich, a sound from one-hand clapping' (Gregory Bateson, 1979:78). El deseo de total autarquía que manifiestan los pueblos salvajes o es sino expresión de la conciencia de esta relación y de la voluntad de que nunca se diluya.

<sup>5</sup> Si la causa eficiente fuera siempre mecánica, el poder ideológico no podría inducir cambio alguno en la conducta del sujeto que lo padece.

Estamos, pues, básicamente de acuerdo con los que piensan que la potencialidad no es otra cosa que una posición o constructo fundado sobre lo directa o inmediatamente observable de algún modo.

Por tanto, el poder es necesariamente indivisible y el grupo lo despliega siempre como totalidad en la realización efectiva de su voluntad. Podemos -y quizá también debamos, si la ciencia es ya un quehacer obligatorio- distinguir y analizar los diversos aspectos o dimensiones de esa totalidad con fines teóricos o prácticos, pero sin perder de vista la intrínseca e interactiva conexión entre las modalidades del poder de determinada unidad social que con mayor o menor acierto están permanentemente en juego al unísono, por un solo móvil y en una sola dirección, como flechas lanzadas desde diferentes posiciones hacia el mismo blanco.

Un grupo humano no sólo aspira a vivir, sino a vivir bien, en el sentido clásico del término. Lo que cada grupo humano entiende por vida buena es, en alguna medida, resultado de una decisión inexorable, implícita en la estructura misma de su específica actividad vital. No se trata, sin embargo, de una elección de alcance ilimitado que nos situaría *per se* en territorio utópico y ucrónico, sino que versa, en exclusiva, sobre el conjunto de posibles formas de actuación -acertadas o erróneas- que la propia circunstancia pone siempre frente a seres humanos previamente singularizados<sup>6</sup> (individual y colectivamente al mismo tiempo) de cara a la consecución de objetivos particulares y generales dados o propuestos de antemano, sin posibilidad alguna de elección, puesto que constituyen su propia existencia o consistencia. Esta capacidad y, al mismo tiempo, necesidad de auto-afirmación, de auto-definición, de auto-determinación cultural y organizativa, característica del animal humano, es correlativa de aquella ex-centricidad de su posición en el orden natural -alcanzada a partir de un determinado estadio de su proceso evolutivo- que le permite cierto distanciamiento de la objetividad física y social con la que está existencial, recíproca y dinámicamente embebido o entrecruzado, conformando una especie de quiasma que no puede romperse sin perder radicalmente el significado de cada trazo o estructura. Dada la especificidad de su equipamiento biológico, en el ininterrumpido comercio entre el organismo humano y el medio en el que la vida misma consiste, se produce inevitablemente un hueco, una holgura o un margen de indeterminación relativa que exige ser rellenado y limitado -inevitablemente, a su vez- mediante el correspondiente proceso de elección entre las posibilidades que se le ofrecen para llegar a ser el que es, según la acertada expresión de Píndaro. Ahí reside la fuente y la condición de su poder, de su derecho y de su libertad, términos perfectamente convertibles y coextensivos. Por consiguiente cualquier negación efectiva, parcial o total, de esa auto-determinación constitutiva y manifestadora de la existencia de un grupo social singularizado supone un ataque directo a su poder, a su derecho, a su libertad y la raíz de

---

<sup>6</sup> 'On ne renonce pas à son pays, pas plus qu'on ne renonce à sa grand-mère. L'un et l'autre sont antérieures à la possibilité de choisir'

Henri James, *Portrait de Femme*,

La sociedad no es auto-fundante: su existencia no es resultado de ningún contrato, ni la vida socio-política se despliega totalmente en la compatibilidad de las voluntades conscientemente expresadas.

todos los conflictos sociales que han jalonado la historia de la humanidad, el mal por antonomasia que, desde que hizo su aparición señalando el inicio de la historia, nunca hemos conseguido erradicar<sup>7</sup>.

El poder, la vis necesaria para permanecer en el ser, para alcanzar su bien-estar, es -junto al resto de características que mencionábamos antes- elemento clave de la “definibilidad” del grupo, inmediata expresión de su vigencia como pueblo, es decir como cuerpo social y político, portador de derechos inalienables e imprescriptibles. Algunos autores parecen sentirse perplejos a la hora de definir un pueblo<sup>8</sup>, para ellos especie de misteriosa, vaga e inasible realidad a la que pomposas declaraciones universales atribuyen, sin embargo, derechos y deberes. La dificultad surge del intento de búsqueda de características cuya presencia común permitiría conferirles realidad a posteriori, como si la existencia de un pueblo pudiera confundirse con un conjunto prescrito (¿por quién?) de predicados<sup>9</sup>. Pero los pueblos existen o no, sin que predicado alguno pueda jamás traerlos ni apartarlos de la realidad. Al contrario ellos son los sujetos inmediatamente percibidos de los que cabe describir después los predicados (todos ellos esenciales) adheridos a su incuestionable existencia<sup>10</sup>. Parafraseando a Rousseau habría que decir que antes de examinar el acto por

<sup>7</sup> Es evidente que no hablamos de psicología, ni de ética, ni de religión. Estamos exclusivamente interesados en política y desde esta perspectiva el mal coincide con una deficiente o asimétrica distribución del poder que cercena y ahoga el fundamental derecho de libre disposición de todos los pueblos.

<sup>8</sup> Hacen uso constante del término (por ejemplo, cuando definen la democracia como gobierno del Pueblo) como si el problema de la singularización del mismo estuviera ya previa y definitivamente resuelto. Paradójicamente afirman a continuación que es muy difícil definir la noción de pueblo para acabar definiéndolo, más o menos subrepticamente, como les conviene, como el indispensable correlato del gobierno de turno, esto es, como la población oficialmente registrada en el estado que sostienen y que, a su vez, les sostiene en el más amplio sentido de la palabra.

<sup>9</sup> Los intentos en esa dirección asumen más o menos tácitamente que un pueblo debe definirse enunciando el género y la diferencia específica o, lo que es lo mismo, indicando la condición necesaria y suficiente que certificaría su existencia en el ámbito jurídico o político (el modelo de definición usado en la geometría tradicional ha ejercido, también en este ámbito, un considerable y pernicioso influjo). Entre las posibles diferencias que especificarían el género (un agregado de seres humanos) las más relevantes serían la lengua, la raza, la religión, la geografía o la historia. Luego se procede a eliminar algunas mediante contraejemplos. Así eliminaríamos la lengua al constatar, por ejemplo, que segmentos de UN pueblo hablan idiomas diferentes y, por otro lado, que grupos humanos poseedores del mismo idioma no constituyen, sin embargo, un único pueblo. Se procede de la misma manera con el resto de características. Las características de la lista primitiva que resistiesen el proceso eliminatorio constituirían la condición necesaria y suficiente que buscábamos. Pero no se tarda mucho en hallar otro caso que falsifica la pretendida solución. Estas dificultades han conducido a priorizar factores subjetivos como el deseo o la voluntad de vida en común, etc. Así, en palabras de Renan, *‘l’existence de d’une nation est (perdonne-moi cette metaphore) un plebiscite de tous les jours’* Pero tampoco por esta vía se soluciona el problema porque para pertenecer a un mismo pueblo se precisa el reconocimiento mutuo entre los miembros del mismo y tal reconocimiento implica atributos objetivos inherentes a las personas que lo componen. Dicho en otras palabras, la identidad no es algo “determinado” sino que se confiere en actos de reconocimiento social, es decir, para ser un tipo determinado de hombre es preciso que a uno le reconozcan como tal y para ello es preciso que sea o se comporte objetivamente de una determinada manera, puesto que *‘el yo es como un reflejo en el espejo’*.

<sup>10</sup> El antropólogo estadounidense Michael Moerman en su estudio sobre etnias tailandesas se hace la siguiente pregunta: “¿Quiénes son los Lue?” (Obsérvese que la pregunta supone ya que se admite su existencia). Y tras comprobar que no poseen en exclusiva ninguna de las cualidades que suelen

el que un pueblo es de una u otra manera, sería bueno examinar el acto por el que un pueblo es un pueblo; porque siendo este acto lógicamente anterior al otro, es el verdadero fundamento de la sociedad. Y el pueblo, cualquier pueblo, afirma su existencia mediante el ejercicio efectivo del poder -estable o precario, legítimo o ilegítimo- sobre un territorio determinado. El poder no es una característica o propiedad que junto a otras define a un pueblo, sino su constitutivo esencial, lo que le confiere inmediata realidad<sup>11</sup>. Por eso los pueblos, como los individuos, no se pueden definir declarando el género y la diferencia específica, sólo pueden ser señalados y descritos. Su futuro, como su pasado, está inserto siempre en el tiempo, a veces en la historia. En él, en ella, surgen, viven, desaparecen....<sup>12</sup>

Pero cualquier conjunto humano organizado, diferente, por tanto, de lo que denominamos una multitud, no constituye un pueblo. Es necesario que ejerza el poder cuantitativa y cualitativamente suficiente, pues de lo contrario sería en todo semejante a un abortado<sup>13</sup>. ¿Cuál y cuánto poder es preciso para constituir un pueblo? ¿Puede medirse el poder? ¿Pueden, al menos evaluarse desde la perspectiva de la moral o del derecho los poderes respectivos de diferentes grupos sociales?

---

tomarse como criterio distintivo, se ve obligado a responder que "someone is Lue by virtue of believing and calling himself Lue and of acting in ways that validate his 'Lueness' " (Moerman, Michael 1965, *Ethnic Identification in a Complex Civilization. Who are the Lue?* American Anthropologist 67, 1219. Si se analiza detenidamente la respuesta podrá observarse la paradoja de no poder precisar unas características que, sin embargo, se afirman con el término 'Lueness'.

<sup>11</sup> Porque el concepto y la razón ilustrados o abstractos no tienen en la vida de los pueblos -como dice Dostoievski- más que un papel secundario o instrumental. Los pueblos se forman y desarrollan en función de una fuerza diferente, dominadora cuyo origen permanece desconocido e inexplicable, constituyendo así auténticos hechos (*facta*) contra los que poco o nada valen los argumentos. "Esta fuerza no es más que el deseo inextinguible de llegar a un término y la negación, al mismo tiempo, del término mismo. Esta fuerza es la afirmación constante e infatigable de su existencia y la negación de la muerte (*Los Endemoniados*, Editorial Bruguera Pág. 223).

Consideremos la posición opuesta. Steven Lukes en un libro reciente y en hipotético diálogo con los defensores del "comunitarismo" formula la siguiente pregunta: ¿Cómo decidir qué Sub-Comunidades deben ser reconocidas como tales en la Gran Comunidad? Algunos se enfadan por ser considerados miembros de una Sub-Comunidad en la que ellos mismos, sin embargo, no se reconocen; otros se consideran miembros de una Sub-Comunidad que los demás no reconocen como tal". A renglón seguido dice que hay problemas como el siguiente: "Hace muy poco, por ejemplo, en una provincia (sic) de una Gran-Comunidad en la que una Sub-Comunidad constituye la mayoría, estos aprobaron una ley prohibiendo a unos y otros miembros de la Sub-Comunidad y a todos los inmigrantes asistir a escuelas que imparten en la lengua que prevalece en la Gran-comunidad y con la que mantienen estrechos lazos económicos de toda índole. La citada ley no ha sido jubilosamente recibida, sobre todo por los inmigrantes. A continuación menciona otros problemas. Desde esa perspectiva no puede extrañarnos que surjan problemas, lo que nos extrañaría es que se resolvieran.

*Liberals & Cannibals. The Implications of Diversity.* VERSO, London 2003, pág. 157.

<sup>12</sup> Para señalar la antigüedad del pueblo vasco alguien dijo en cierta ocasión que los vascos no datamos. Sin embargo, esta antigüedad de nuestro pueblo no es en absoluto garantía de porvenir. Los britano-americanos datan de mediados del siglo XVIII. Una colección de individuos no deviene un pueblo mediante ningún tipo de contrato, sino que es algo que uno se limita a descubrir, como Jefferson descubrió que hacia 1770 había ocurrido con los britano-americanos. El dato lo he obtenido de *The Portable Thomas Jefferson*, ed. M. Peterson (Harmonsworth, Penguin 1975) y procede de Jefferson, *The Declaration of Independence*, (original draft).

<sup>13</sup> Quien no alcanza un determinado umbral de poder no existe: "hay algunos de quienes nadie se acuerda; que han sucumbido como si nunca hubiesen sido y han llegado a ser como si nunca hubiesen nacido". Eclesiastés.

Para medir el quantum de poder ejercido por un grupo social determinado habría primero que distinguir entre los aspectos heterogéneos que presenta el poder, estipular los respectivos patrones de medida y, por último, homogeneizar y reunir las mediciones efectuadas. Esto no es posible porque hay componentes del poder que se resisten a ser cuantificados (por ejemplo el posible plus de influjo debido al carisma de un jefe o al carácter, a la religiosidad o a la virtud de los súbditos). Maquiavelo, en *El Príncipe*, introduce en el ámbito de la relación de poder un factor aleatorio (Fortuna) imposible de determinar y al que sólo se puede doblegar mediante actos heroicos que nunca se pueden garantizar. Esta inconmensurabilidad del poder, su ineludible carácter cualitativo, le confiere un inquietante sello de contingencia que se busca eliminar. El deseo de una matesis universal inscrito en el corazón del moderno método científico ha traspasado ya la frontera de las ciencias naturales. Que este sueño -o quizá mejor esta pesadilla- se haga realidad no es una cuestión baladí. Si el poder, tras definitivo embotamiento o supresión de la subjetividad, pudiera cuantificarse, sería luego posible prever y planificar con exactitud y minuciosidad los resultados de su aplicación. Con el material humano con el que topamos ( la historia –a pesar de la optimista opinión contraria de Kant- no nos ofrece motivos para pensar que tiende a mejorar sustancialmente ), los mundos imaginados por Huxley y Orwell dejarían de pertenecer al ámbito de la fantasía.

Por otra parte para que fuera posible el cotejo y evaluación moral entre poderes de diferentes grupos sociales sería preciso que existiera una identidad de fines que, al menos diacrónicamente, está lejos de haberse producido. Cuando los fines coinciden -como, en gran medida ocurre hoy en todo el mundo occidental- es posible algún tipo de comparación en la omnipresente y aburrida jerga economicista y/o en la esotérica jerga militar. Si existiera un fin absoluto, "natural", inesquivable para cualquier totalidad social el grado de acercamiento o alejamiento del mismo nos mostraría el grado de poder que ejerce, puesto que el poder sólo existiría en función del fin susodicho. Pero puesto que -pese a Platón y sus innumerables seguidores- la bondad absoluta permanece irremisiblemente incógnita y cada grupo social es soberano a la hora de decidir sus objetivos<sup>14</sup>, el poder no es mensurable desde la óptica de las causas finales. Vimos con anterioridad que, por ahora al menos, tampoco lo es desde la perspectiva de las causas eficientes o mecánicas, porque el poder económico no se reduce al producto nacional ni el poder político a la suma de los efectivos militares. Sólo podemos afirmar que si la resistencia o los obstáculos a los que se enfrenta (el poder nunca puede ser unidireccional) fueran superiores a su potencia, el grupo dejaría

---

<sup>14</sup> Sin embargo, que todo aquello que DEBE existir de acuerdo a principios universales y categóricos de Razón y de Derecho acabará, más o menos tarde, existiendo, es una falacia muy extendida en nuestro país. El proceso sería el siguiente: primero, la verdad y la justicia de la causa convencerían a una mayoría de la población de cualquier estado; segundo, se presentaría la moción en las instancias correspondientes (parlamento, etc.); tercero, adquiriría entidad tras aprobación y formulación legal. De ahí la interminable lista de apologistas más o menos bienintencionados , sorprendentemente sorprendidos de su fracaso, que ha tenido la causa vasca desde Fontecha (*Escudo de la constante Fe y Lealtad*, Bilbao, 1765) hasta nuestros días.

de existir como tal. Es un riesgo que siempre está presente. El grupo lo sabe<sup>15</sup> y tratará mejor o peor de conjurar el peligro. Su no desaparición es prueba fehaciente de que, por el momento, ejerce el poder (fuerza y derecho) imprescindible para perdurar, de que continúa siendo un pueblo. ¿Hasta cuándo? Evidentemente hasta que deje de ejercer el poder que lo constituye, pues, como dice Rousseau “cuando un pueblo desea las cadenas y promete obedecer siempre” se disuelve mediante ese acto al margen de cualquier otra formalidad. Por lo que a Euskal Herria concierne, el poder que ahora mismo ejerce y que lo acredita y conforma como pueblo no es, sin embargo, garantía suficiente de futuro. Estamos peligrosamente situados en medio de una encrucijada de fuerzas. Nuestros enemigos y quienes, a sabiendas o no, colaboran con ellos no cejan en su empeño de que aquellas fuerzas reales, operantes, que actúan en la dirección adecuada no alcancen la efectividad necesaria y deseada. En el conjunto imperante de condiciones de todo género, que tengan éxito o fracasen en tan criminal empresa depende, en gran medida, de nosotros mismos, de los ciudadanos navarros y, en alguna medida, de la suerte. Pero en este tipo de asuntos la fortuna suele aliarse con los audaces.

---

<sup>15</sup> Sin embargo, a veces, determinados grupos humanos dan la impresión de que no quieren ver los peligros que les acechan. Se parecen a aquellos enfermos que se resisten a tomar conciencia de su verdadera situación, aún cuando es evidente para cuantos viven a su alrededor que sólo así podrían salir de la misma.